

 **Rapa pájaros**  
Colección literaria de temas de aquí

# *Cuando el ganado enloquece*

Óscar Ariz Casas

librucos\*

TÍTULO: Cuando el ganado enloquece  
AUTOR: Óscar Ariz Casas  
COORD. DE LA COLECCIÓN: Ramón Villegas López

Imagen solapa: Daniel Guerra de Viana  
Imagen portada: Román Ariz Casas  
Diseño portada: Estíbaliz Ariz Negrete

© Óscar Ariz Casas  
© De la edición: Librucos / Ramón Villegas López

DISEÑO Y MAQUETACIÓN: Consultoría Creativa  
IMPRESIÓN: Publidisa

DISTRIBUCIÓN: Cantabria Tradicional Distribución (Torrelavega)  
Telef. 942 086 406 • [www.temasdecantabria.com](http://www.temasdecantabria.com) • [rvillegasl@ono.com](mailto:rvillegasl@ono.com)

1ª edición, junio de 2012

ISBN: 978-84-938220-8-8  
D.L.:

# *Índice*

LA TOMA DE LO VEDAO . . . . .	9
NÓMADAS . . . . .	51
SERENITA CAE LA NIEVE . . . . .	115

*Cuando el ganado enloquece*

FRAGMENTO DE LA NOVELA

**VI**

Luisito juega a la taba en el zaguán de la casona, el lugar fabuloso de su niñez donde creaba infinitos y simultáneos mundos de fantasía. Era el ágora por donde pasaban carreteros, molineros, ferrones, agricultores, ganaderos en un trajín inefable

para un niño ávido de noticias, atento a las conversaciones y agradecido por los artefactos que le regalaban los clientes de la familia. Él observaba, amable, y siempre les animaba a que contaran la crónica de su trashumar. Luisito era un perfecto socrático. Le atraían poderosamente los cachivaches y objetos de forja, le intrigaban los diferentes destinos a donde iba a parar la harina de los molinos del Ebro y del Besaya. La carretería era lo que más estimulaba su febril imaginación, los parajes por donde transportaban la carga aquellos hombres curtidos, rudos y sencillos. Siempre tenía una palabra agradable para ellos. Traían las últimas novedades de otros países, desde las tierras del cereal a los puertos del Cantábrico. Luego, de mozo, le atrajo el ferrocarril, esa nueva energía que creaba movimiento y ponía en contacto lugares impensables poco antes. Solía comprobar las distancias en el mapa con asombro y regocijo. De esta manera, fue asimilando la letra menuda de la vida.

Con todos los artilugios, ungüentos y venenos fue construyendo su espacio de ciencia en la buhardilla de la casona, sin llamar la atención, donde se amontonaba todo lo inservible. Por la noche, solía saltar de la cama cuando dormía la familia, para observar las estrellas a través de un rudimentario telescopio. Enfundado en el viejo capote de su padre, fue trabando la filosofía que procuró enriquecer hasta sus últimos días. Le sobrecogía la poquedad de las personas ante el inmarcesible firmamento y se crecía por la superioridad sobre otros reinos como el mineral, el vegetal o el animal. Todo era relativo. Con estas reflexiones y descubrimientos fue formando una personalidad estoica, siempre receptiva a los replanteamientos pero conocedora de las limitaciones humanas.

Tenía fama de excéntrico entre sus compañeros de pupitre que incrementó cuando descubrieron su última afición. Le vieron recorrer la comarca en compañía de un extraño personaje que usaba bombín, polainas, llevaba paraguas hasta en los días de sol y tiraba de un caballo que cargaba un cajón, unas delicadísimas placas de cristal y un trípode. Desde entonces, Luisito quedó fascinado por la fotografía. Podía fijar la luz, su

## *Cuando el ganado enloquece*

incidencia sobre el paisaje y las semblanzas de las personas. Enseñó, en el colegio, las primeras muestras que había realizado y causó tanto alboroto como admiración. El profesor de química tuvo que empaparse de la nueva tecnología y el de historia, solicitar información a sus colegas de otros países. A su madre, le preocupaba la predisposición de Lusito a entusiasmarse con los nuevos artilugios que inventaban constantemente. Podía soportarla en su marido, hombre conspicuo y comedido a la hora de manifestar sus opiniones progresistas. No le ofendía que las expresara en el Casino o entre los círculos de empresa pero sí le alteraba que su hijo hiciera demostraciones donde no debía, como aquella majadería que soltó al tutor espiritual, que él, de adulto, quería ser masón porque eran los que tenían las herramientas para construir un mundo mejor. Habló seriamente con su marido y éste le prometió que tendría una conversación con su hijo. Y la tuvo, paseando por la Calle Mayor, hasta que tropezaron con un ingeniero que dirigía las obras del ferrocarril y pasaron del saludo a la charla animada sobre las perspectivas del conocimiento.

Su madre tampoco podía admitir que pasara las horas muertas por La Rasa, con dos niños mal educados y montaraces. Él se esforzaba por tranquilizarla, que no hacían nada malo y que se lo pasaba a las mil maravillas con Manolito y Magdalena. A Lusito, le gustaba curiosear por la fábrica de vidrio que su padre, Leopoldo Campos y Fernández, había montado en la confluencia de los ríos Ebro y Vilga. Había construido un complejo inusitado para la época, empleando trabajadores cualificados de Francia y Bélgica. Le tenía fascinado aquella pequeña Babel, se esforzaba por conocer sus lenguas y por cómo trabajaban el vidrio. Esto último no gustaba a los operarios, celosos de su saber.

—¡Fuera de aquí! Éste no es lugar para niños.

—Si no molesto.

Daba igual que replicara. Entonces salía al patio de las viviendas y charlaba con las mujeres mientras hacían sus labores. De este modo, conoció a Magdalena que, apenas, hablaba

tres palabras seguidas en español. Ella siempre aseada, con una trenza que besaba la cintura y vestida sencilla pero impecablemente. Era tal su cuidado que, al andar, parecía no pisar el suelo. Luisito solía ensuciarle los botines y ella, enojada, corría hacia su casa, ocasión que él aprovechaba para colarse en los talleres. La nave principal, con sus hornos de fundición en crisoles y de aplanar, le parecía gigantesca.

Don Leopoldo Campos y Fernández, después de navegar por medio mundo, en su retiro de oficial de Marina, se convirtió en un hombre de empresa. Había estudiado química y mineralogía, conocimientos que supo emplear para sacar el máximo rendimiento a los negocios que emprendía. Su formación Ilustrada le guió para diseñar la ferrería de Bustasur, al seguir las indicaciones y las innovaciones recomendadas en La Enciclopedia de Diderot y D'Alambert. Sus conocimientos científicos le sirvieron para denunciar varias minas de lignito en Las Rozas, pasión que le acompañó hasta el resto de sus días y que estimuló su magín a pesar de las trabas de la edad. Para dar salida a la producción minera, primero planeó la instalación de un alto horno pero, la competencia de Palencia y Asturias, le obligó a desviar su mirada hacia el auténtico potencial de la comarca. La conjunción de las calizas litográficas, las impolutas arenas que sedimentan los ríos de La Rasa y la industria de sulfato de sosa que abrió en Burgos sirvió a Don Leopoldo para montar el primer complejo vidriero del valle.

Quizá estos materiales y la colección de minerales paterna motivaran la afición de Luisito a escrutar cada palmo de la zona y la causa de sus frecuentes escapadas desde Reinosa, a regañadientes de su madre. Cuando disfrutaba de las vacaciones, se levantaba al alba, como Don Leopoldo, sin pereza y apenas si desayunaba para acurrucarse bajo la manta en la calesa que, bordeando los meandros del río, les llevaba hasta la fábrica. Le absorbía la belleza del paisaje al paso del trote, sus pueblos recoletos y agrupados, con sus casas y tierras de labranza, el pacer parsimonioso del ganado, las aguas pizpiretas del río y el frescor de las muchas fuentes que había o la esbeltez y frondosidad de

## *Cuando el ganado enloquece*

los árboles, dispuestos aquí y allá para dar sombra a los lugareños y a sus animales. Estas primeras tomas de contacto con el entorno y con los paisanos impregnaron su personalidad desde la misma infancia, humanizándole. Lusito tuvo la cátedra en su propio hogar, sirviéndole, de adulto, para convertirse en un hombre de negocios. Él no perdía el tiempo y no cejaba en su empeño por desvelar el secreto de los manchoneros.

—¡Que no metas las narices!

Y salía corriendo con la misma prisa con que había entrado en el taller. Manolito, empleado de muchacho para todo, observaba estas escenas. Era poco mayor que el hijo de Don Leopoldo y, aunque trabajaba como un adulto, todavía usaba calzones de niño. Se los cortaba y cosía su abuela Inazia, igual que las camisas, las chaquetas y las blusas. El abuelo Peru le hacía el calzado. Eran antiguos ferrones, vizcaínos de origen, que habían regido las ferrerías de Santiurde, Pesquera y Horna hasta que recalaron en la de Bustasur. Tras su cierre, con el dinero que habían atesorado durante años de fuelle y martinete, compraron el edificio a Don Leopoldo y lo transformaron en molino harinero. Esta reconversión laboral les dejó tocados. La sintieron como una verdadera afrenta. Ellos consideraban la actividad de la ferrería como una profesión noble, creían tener un estatus social elevado y diferenciado del resto de los mortales y sabían que eran custodios de un conocimiento técnico que los demás no poseían. Esta circunstancia hizo que fueran altamente valorados y considerados.

Manolito ya creció embadurnado de harina y del resentimiento que le inculcaron los abuelos maternos, alimentado cuando empezó a trabajar en la fábrica de vidrio y comprobar que los manchoneros habían arrebatado la preeminencia a los ferrones. Él ignoraba el secreto de sus ancestros y tampoco conocía la sutil técnica del soplado del vidrio. Sin ningún saber que lo hiciera superior a sus coetáneos, desde temprana edad, intuyó que necesitaría alguno para alcanzar la ambición de ejercer la autoridad sobre los demás. Él estaba convencido de que no había nacido para soportar la humillación. Tenía un



alto concepto de sí mismo que perdía puntos, cada mañana, al meterse en el calzón. Lo sentía como el acto más perverso del poder tiránico de Inazia, para que acusara todos y cada uno de los días, en su soberbia, que ella custodiaba el bastón de mando en el molino. Ejercía el poder omnímodo sobre la familia. Para Manolito, sus padres no tenían personalidad, eran unos títeres en manos de Inazia también, su abuelo, que utilizaba el trabajo para refugiarse y evadirse de su campo de gravedad.

El chaval Manolito sentía envidia y celos del hijo de Don Leopoldo. Éste era afortunado y jugaba con la niña más bella que conocía. Cuando les veía corretear por la fábrica, era incapaz de finalizar la faena, se quedaba absorto como un auténtico bobalicón hasta que algún compañero le despertaba. Se creía descubierta y se ponía colorado. Huía a espabilarse a la fuente. Cuando pasaba cerca de ellos, le agarrotaba la timidez, ni siquiera se atrevía a saludarles. Fue Magdalena quien se dio cuenta y le animó. Él apenas farfulló dos palabras.

—¿Por qué no juegas con nosotros?

—Tengo tarea.

## VII

Aquella misma noche, Manolito ideó un plan para acabar lo más rápidamente el trabajo. A primera hora, le pediría al oficial que le pasara las tareas de la jornada y no como hasta ahora, que siempre estaba al capricho del encargado o de las necesidades del momento. Se haría valer. La noche estaba estrellada y la suavidad del viento había refrescado el ambiente. En el molino, se oía el rumor del río, que acrecentaba la placidez de sus moradores mientras charlaban tranquilamente, sentados en el poyo. La abuela Inazia contaba leyendas y sucesos de su pueblo, mezclando el castellano y el vizcaíno, relajada y comunicativa. Éstos eran uno de los pocos momentos en que aireaba sus contados soplos de humanidad y de buen humor. El abuelo Peru echaba una cabezada, que interrumpía

## *Cuando el ganado enloquece*

para beber un trago de la bota y corregir los despistes de su mujer. Inazia se cabreaba y le insultaba con los nombres de los animales más horrendos del Universo. Si él se daba por enterado y no volvía al sueño tenían que intervenir los padres de Manolito, con frecuencia, retraídos.

Para el niño, era una noche especial y estaba ajeno a las historias de Matusalén. Se había abierto la puerta a la nueva vida. Él había crecido solo, apenas había jugado con otros de su edad, con alguno que acompañaba al padre a moler grano. El carácter se le reseco según crecía, tomando una personalidad hosca, taciturna y recelosa. Quizá la soledad fuera el acicate que le aficionó a tallar figuritas en madera. Le gustaba merodear por el bosque y observar las formas de los árboles, de las ramas y de la leña, desperdigada por el suelo que transformaba en objetos reconocibles o perfilados según los caprichos de la naturaleza. Era mañoso con la navaja, habilidad que le sirvió para manejar después, con soltura, las herramientas de carpintería y ebanistería.

Se había refugiado en la arboleda, próxima a los rápidos del río. El sonido ágil de las aguas estimulaba sus buenos pensamientos. Si no fuera por la abuela Inazia, y su manía de fastidiarle, invitaría a los dos amigos al molino y les enseñaría la colección de tallas que reunía en su dormitorio. Sentía a Luisito y a Magdalena como amigos, los primeros que tenía. La noche le enternecía. Le afloraban los pensamientos nobles. La casa estaba a oscuras, no se podían malgastar las velas ni el aceite de las lámparas. Ya estaban todos en sus respectivos jergones. Se había hecho más tarde que nunca y él tendría que madrugar. Aquella noche dormiría feliz como nunca. Plantaría cara a la abuela para que, a partir de ahora, cortara pantalones en vez de calzones de mozalbete. Sus amigos tendrán que saber quién es el mayor.

Los tres niños establecieron una compleja relación, entrelazada por sus diferentes personalidades y procedencias sociales. Hasta se podían vislumbrar los rasgos que definirían, a cada uno, en su madurez. Magdalena y Luisito compartían una in-

saciable curiosidad y una febril inquietud que, a ella, le llevó al inconformismo y a abrazar la utopía y, a él, a encauzar todas sus energías hacía objetivos concretos, fundamentados en un acervo filosófico y científico de raíz pragmática. Los tres eran muy observadores, enseguida captaban el sentido y los matices de las situaciones, de las relaciones humanas, de los entornos por donde se movían, de los lazos intangibles que les unían y de las preferencias afectivas y simpatías que cada uno mostraba hacia los otros. Magdalena y Luisito eran flexibles, en cambio, Manolito despuntaba un talante impositivo. Éste se diferenciaba, también, por la habilidad y destreza de sus manos.

Ellos vivían cada momento y cada juego como los dueños únicos de todo el tiempo del mundo. Les cundía. La Rasa era su campo de acción, todo un universo que descubrían en cada una de sus expediciones. Primero, se reunían para discutir y concretar la ruta que emprenderían y, después, fijaban las escalas. Eran meticulosos en la preparación del itinerario. Necesitaban que hiciera buen tiempo, por ello, preferían la primavera y el verano. Cuando llegaban las nieves, ponían a hibernar la amistad. Muchos días la fábrica cerraba y Manolito ayudaba en el molino. Magdalena pasaba las horas en casa hilando, con la rueca, el lino que recogían en el valle, tejiendo y dibujando en los papeles de embalar, inservibles, que su padre aprovechaba del almacén. Luisito, para su desgracia, tenía que regresar al internado de Villacarriedo, anhelando la voluptuosidad de la vida libre y, dedicado, en su encierro, al estudio metódico.

Magdalena era de buen carácter, aceptaba cualquier plan porque estaba ávida de conocer y siempre dispuesta a disfrutar de todos los momentos. No entraba en las pendencias y porfías de sus amigos. A veces, se peleaban y ella se veía obligada a intervenir, les daba unos capones en la sesera y les amenazaba.

—¡Me marcho a casa! Hoy, ustedes se van sin mí.

Todavía, le costaba tutear a las personas, incluso a sus dos amigos. Al principio, les hacía gracia y, maliciosos, se burlaban de ella.

## *Cuando el ganado enloquece*

—¿Me puede decir cómo se llama?

—Usted.

—¿De primer apellido?

—Usted.

—¿Y de segundo?

—Usted.

—¡Ah!, entonces, usted es el famoso Don Usted.

Estas tonterías le sentaban a cuerno quemado. Magdalena ponía un gesto de impotencia, aún no había aprendido a defenderse con el mismo descaro con que ellos le atacaban, se cruzaba de brazos y escapaba a paso ligero. Ellos iban detrás, pidiendo perdón hasta que se daba la vuelta y les cogía de las orejas. Era el castigo que habían admitido tácitamente para estas ocasiones. Fue perdiendo la vergüenza y templando el genio, necesario para conquistar la autoridad en el grupo. Cuando la tuvo, la ejerció de modo imperceptible.

Todavía conserva, pasados los años, el armario que le regaló Manolito, trabajado con las herramientas que encontró en el molino. Ensambló las piezas con tacos de la misma madera y lo adornó con figuras de los duendes del bosque. Era un armario de muñecas. Manolito nunca se las había visto pero imaginaba que las tuviera como todas las niñas. Esta muestra de generosidad se debió a los celos que sentía hacia su amigo. Luisito solía buscar las piedras más bellas del valle para Magdalena y se las entregaba como si fueran auténticos diamantes, ágatas o rubíes labradas por gemólogos y engastadas por orfebres holandeses. Manolito permanecía, aparentemente, impassible pero en su interior estallaba un auténtico ardor guerrero, la sangre de la ira corría al cerebro, el corazón latía a más velocidad y los músculos se contraían para lanzarse sobre la presa. No soportaba la fantasía barroca ni la erudición ni la delicadeza de su amigo. Magdalena nunca olvidará la entrada de Manolito en la fábrica aquella mañana de septiembre.

—Toma, para tus muñecas.

—¡Ay! Muchas gracias pero si yo...

*La toma de Lo Vedao*

Desde el molino, había recorrido el camino pensando en qué diría cuando se lo entregara. Lo tenía todo preparado pero, según se acercaba, sentía que le faltaba aire, se le secaba la boca y le temblaban las piernas. Quiso convencerse de que era por el peso del armario y la distancia. Se le embotaron los sentidos. Ofuscado, no escuchó el agradecimiento de Magdalena y que ella no tenía muñecas, que no le gustaban, que ya tenía a sus hermanos pequeños para cuidarlos. Ella se encontró con el paquete delante y, como pudo, lo subió hasta la vivienda. Manolito siempre creyó que usó el armario para las muñecas, le enorgullecía, pero, cuando Magdalena vio qué era, enseguida buscó la utilidad. Guardaría las piedras de Luisito.